



CAPÍTULO PRIMERO

IMPORTANCIA DEL NOVICIADO

Noviciado es *el tiempo durante el cual una persona que se cree llamada á la vida religiosa prueba, en una comunidad por ella escogida antes, sus fuerzas, su carácter, sus aptitudes, para saber si la comunidad le conviene, y durante el cual tiempo la comunidad, á su vez, estudia y prueba á la persona para saber si conviene su ingreso en la comunidad.*

Basta leer atentamente esta definición del noviciado para comprender toda su importancia.

I

Durante el noviciado se estudia la vocación con mayor calma y con más lucidez; decídese acerca de ella con mayor seguridad.

Las almas, aun las más sanas, se forman en el mundo algunas veces juicios é ideas poco

exactas, poco completas, cuando menos, acerca de la vida conventual, y en su mayor número se sienten inclinadas á entrar en religión por un *atractivo* que es más bien efecto de la imaginación que disfrute de la *gracia*.

Se sabe, en términos generales, que el claustro exige una vida de *abdicación*; pero no suele uno darse cuenta de los detalles ó por menores de aquello á que se renuncia.

Se ve la brillantez del sacrificio, y hay que confesar que existe un algo de heroico y de hermoso en el *adiós* al mundo y á cuanto nos halaga, nos cautiva y satisface en una edad en que la vida ofrece el más risueño aspecto; sin tratar de explicarse el *más allá* de la profesión, se experimenta una sensación de envidia emulativa, del alma á quien se ha visto practicar renunciación tan generosa.

Sabida es la necesidad de desgarrarse el corazón al separarse de la familia—al romper con las costumbres que parecían formar un modo natural de la vida—de abandonar un bienestar formado por mil insignificantes circunstancias tal vez, pero que nos hacían sumamente agradable la vida familiar; esto no obstante algunas lecturas relativas á la felicidad de la vida religiosa—sobre los encantos de la vida conventual—referentes acaso al dulce yugo de Jesucristo, á la quietud de espíritu que nace del apartamiento del mundo, á las recompensas prometidas y aseguradas á las almas que lo han abandonado todo por Dios, y la lectura de aquellos conceptos conmovedores y santos han traído consigo una convicción que ha

obligado á pensar: *¡Cuando esté en el convento seré dichosa!*

¡Ah, sí! Serás dichosa en la vida de religión; sí, tu corazón y tu alma hallarán una paz y una alegría indecibles, pero con una condición: *que el llamamiento haya sido formal y que seas por completo fiel para corresponder en un todo á tu vocación.*

Así, pues, el noviciado se ha instituido para que puedas juzgar, no por las impresiones que te ha causado el conmovedor espectáculo de la profesión y del ardor de la novicia que toma el velo, ó la lectura de libros escritos por un alma entusiasta, sino con el reposo y tranquilidad que ofrece la razón iluminada por la fe, si realmente Dios se ha servido llamarte al estado de religión.

Desde luego no estarás sola para juzgar; tus superiores te seguirán de cerca y se aplicarán á un trabajo en el que tienen el mismo grande interés que tú, pues no han de admitir en su comunidad una vocación vacilante y dudosa. Serás juzgada por ellas según las luces que les presten la experiencia y la gracia.

Y si al terminar el año, su consejo, de conformidad con tu conciencia, te dice: *Pronuncia los votos*, entonces puedes profesar sin temor.

II

Durante el noviciado se prueban las fuerzas,
el carácter, las aptitudes.

Ser religiosa no es únicamente practicar con fidelidad el deber que se ha contraído con

la aceptación del bautismo, y cuyo cumplimiento forma los verdaderos cristianos, pues en nombre nuestro y en el acto de la imposición del Sacramento se pronunciaron estas frases: *Renuncio al demonio, á sus obras, á sus pompas, y me consagro á Jesucristo para siempre*; es más ser religiosa, es *enlazarse estrechamente á Jesús y seguirle á todas partes.*

Es seguirle, á no dudar, al cielo, donde te llevarán los lazos sagrados que á El te unen—si no los rompes deliberadamente;—pero también es, *antes*, caminar con El por el largo camino del Calvario, regado con su sangre, y, como El, *dejarse crucificar* si es preciso.

¿No es cierto que con nuestras ideas de independencia y nuestros hábitos de sensualidad asusta ese pensamiento?

Por esta causa, ¿cuál será el sacerdote que no sienta alguna intranquilidad cuando una joven le diga: *quisiera ser monja?* Casi siempre habrá pensado: ¿tendrá la fuerza suficiente?

Para la mayoría, ser monjas es ganar el cielo; pero es también, con frecuencia, salir de un camino tortuoso, inseguro, para penetrar en la dulce y suave monotonía de una regla dulcificada por el amor de Dios y el afecto de toda una familia de *hermanas* de comunidad.

Así es la vida religiosa; hay más y más aún....., pero no es eso todo.

¿Sabéis ¡oh jóvenes! lo que Jesús coloca en la canastilla de bodas de aquella con quien se desposa? *¡Su cruz, su corona de espinas, sus clavos!*

¿Sabéis lo que murmura al oído y dice al corazón de aquellas que le juran fidelidad? *¡Si me amáis, tomad la cruz y seguidme!*

¿Sabéis qué retrato les entrega para que en su ausencia no se olviden de la imagen del Esposo? *¡Un crucifijo!*

Pues bien; á arrastrar esa cruz, á llevar esa corona de espinas, á caminar durante toda la vida por el camino del Calvario, es á lo que se trata de acostumbrar á las almas durante el período del noviciado.

Renuncia pues, alma, á tus gustos y á tus costumbres para adquirir las costumbres y los gustos de Jesús, en los cuales has de ser instruída.

No se quiere que, una vez incorporada á la milicia de Jesús, halles *la vida muy penosa*, y exclames: *¡Si lo hubiera sabido!*

No supongas, sin embargo, que sólo hay días tristes en el noviciado.

¡No, no, hermana mía! Ni los consuelos, ni las alegrías, ni la paz, faltan en esos benditos asilos, que tan exactamente han sido calificados de *paraíso terrestre*, porque allí, como en el cielo, se deja sentir de un modo inefable la bondad del que ha dicho: *Venid á Mi: mi yugo es suave y mi carga ligera.*

No; la felicidad no falta en esas «casas de Dios, donde todo el año es una alegre fiesta y donde todo sonrío, hasta los muros que separan del mundo», como escribía, hablando de la regla del Carmelo, la princesa Luisa de Francia, que había disfrutado, como es de suponer, de cuantos bienestares puede concebir la imaginación.

¿Y cómo sería posible que no hubiera felicidad, alegría, consuelo? Se *vive* con Dios; se *obedece* á Dios; se *reposa* junto á Dios; se es *útil* á Dios; se extingue la vida en *servicio* de Dios, y, sobre todo, se experimenta la sensación de ser *amado por Dios!* «¡Ah, exclamaba una monja trapense, aunque fué preciso caminar descalza sobre carbones encendidos para ser esposa de Jesucristo, ¿qué más podría una desear?»

III

Durante el noviciado se aprecia si la comunidad á que se sintió atraída conviene á la novicia, y la comunidad, á su vez, ve si la novicia le conviene.

Dios ha respetado tu libertad, no exigiendo de ti un compromiso adquirido por irreflexión.

La Iglesia, en su nombre, para dejaros libre la elección ha multiplicado las comunidades, dando á cada Orden un carácter peculiar, y ha querido que, durante un año, la casa por ti escogida para someter á prueba tu vocación te mostrase el espíritu de su régimen; las *virtudes* que previene, las *prácticas* que impone, *trabajo* que exige....., y cuando todo lo hayas visto y conocido, te dirá: —«Eres libre y dueña de tu albedrío; puedes permanecer con nosotros, intentar un nuevo ensayo en otra parte ó volver al mundo.»

Pero á cambio de esa libertad la comunidad debe conservar la suya para *aceptarte* ó *rechazarte*. Tu falta de salud, tu carácter, tus na-

turales defectos (que no te impedirán alcanzar el cielo, pero que turbarían la armonía del conjunto), tus aptitudes, diferentes de las que son precisas en el convento, pueden ser otras tantas causas para no aceptar la comunidad la prestación de tus votos.

Si os separáis, no habrá motivo de molestia ó de inquietud para ninguna de ambas partes. La justicia no habrá sido herida; la caridad, que hubiera sido más íntima, queda en su anterior estado; no cesará la ayuda mutua, por la relación de las oraciones entre sí, para encaminarse al cielo: únicamente la marcha será por distintos senderos.

IV

Durante el noviciado el alma logra abundante acopio de bienes para sí y para el prójimo.

Todo se le concede en abundancia.

Ejemplos continuos que le ofrecen las almas rivalizando en sus esfuerzos por alcanzar la perfección.

Corrección de defectos, hecha asiduamente con dulzura, experiencia y celo.

Estudio de los deberes, explicados con claridad y de un modo continuo.

Exhortaciones frecuentes, que tienen por objeto fortificar, dar ánimos y realizar el bien.

Vigilancia incesante, que no te deja un solo momento, que todo lo ve, todo lo adivina; trata de saberlo todo, pero con el solo fin de perfeccionarte y de procurar tu santificación.

Afecto á toda prueba, que se halla dispuesto

siempre á resolver las dificultades, á escuchar las penas, á aclarar las dudas....., y que comience su labor todos los días, sin fatigarse nunca.

Si al noviciado se le concede mucho, se le exige muy poco en cambio.

A la novicia no se le pide más que dos cosas: *docilidad* de carácter para dejarse conducir, y *firmeza* de voluntad para no desfallecer.

Y tras un buen noviciado, ¡qué resultados tan sorprendentes, magníficos y milagrosos!

El noviciado es el *crisol* de donde el alma sale purificada de todos los groseros defectos que encubrían su belleza y se muestra transformada: era de voluntad áspera, y es dócil; era egoísta, y es generosa; era susceptible, sensual, y ha aprendido á ser fuerte, valerosa, sufrida.

El noviciado es el *molde* de donde sale el alma formada para la vida nueva, para la vida de Jesucristo.

El noviciado es el *arsenal* de donde el alma adquiere los elementos materiales de conocimiento, merced á los cuales podrá comenzar la obra divina y el lugar donde llega á ser capaz de recibir y de conservar la gracia necesaria del destino que ha de serle confiado.

«El noviciado—dice Ravignan— es el trabajo *regenerador* del espíritu que entrega, en tanto cuanto es posible, á la gracia divina la entera posesión de las facultades, fuerzas y costumbres del alma.

»Es una especie de creación, una poderosa *transformación*, que pone en libertad al alma

de los obstáculos que le ofrecían los intereses, las miras particulares y los afectos y pasiones de la naturaleza.

»Es el *horno* donde el hierro se liquida para tomar nueva forma; es la *lima* que desgasta, que quita las asperezas, que prepara la herramienta y la hace útil en manos del obrero.

»Entonces se imprime una dirección que sustituye todas las miras puramente humanas por la ambición única de la gloria divina y de la salvación eterna de todos.»

San Ignacio está de tal modo convencido de que durante el noviciado se opera en el alma una tan maravillosa transformación y de que los novicios salen de él con tantísimo espíritu de fervor, de mortificación, de amor al retiro, y con tal entusiasmo por la oración y las cosas espirituales, que se cree obligado á advertirles á los que continúan sus estudios que moderen su celo y observen menos austeridad que la acostumbrada.

¡Dichosos aquéllos cuyo noviciado necesita de tales recomendaciones!

V

Durante el noviciado el alma se forma de tal suerte, que, moralmente hablando, toda su vida religiosa dependerá del fervor ó de la tibieza de su noviciado.

Así la experiencia de todos los religiosos, como la enseñanza de los maestros de la vida espiritual, justifican unánimemente esta afirmación.

«¡Ay!—dice un piadoso autor.—No es raro ver que un novicio ferviente decae de su ardor primero, y entre los novicios tibios no sé si sería posible hallar uno entre cada ciento que se convierta sinceramente después de haber profesado, llegando á ser más adelante un religioso ejemplar.»

Un mal noviciado es un grandísimo mal, que difícilmente se remedia.

He aquí lo que dice el P. Rodríguez hablando á un novicio:

«Durante el período del noviciado tiene usted mucho tiempo para aplicarlo á su progreso espiritual y muchos medios que pueden contribuir á él, porque los superiores piensan tan sólo en ello, y esa idea constituye su ocupación más preferente.

»Tiene usted ante sí el ejemplo de los otros novicios que piensan en santificarse tan sólo, y el ejemplo causa de ordinario tanta impresión en nosotros, que, viviendo continuamente con personas que sólo se adiestran en la virtud, en la que realizan considerables progresos, es muy difícil, por cobarde que uno sea, dejar de sentirse excitado á salir de esa tibieza.

»Tiene usted, además, un corazón totalmente apartado de los pensamientos mundanales, y ese apartamiento del siglo parece conducirle á la virtud, ante la cual no es posible que halle usted ocasión de retroceder; por el contrario, encontrará usted mil que á ella le conduzcan.

»Si, esto no obstante, y aun no hallándose en el claustro mas que para tratar de adquirir virtudes, no realiza en ellas algún progreso y

no procura, por así decirlo, formar una masa, un ahorro de piedad para lo futuro, ¿qué ocurrirá cuando mil cosas diferentes exijan lo que debe darles un corazón así formado? Si ahora, con tantos beneficios, tantas facilidades y tantos socorros, no hace usted bien ni la oración, ni su examen de conciencia; si no se aplica con exactitud y piedad á los ejercicios espirituales, ¿qué ocurrirá cuando pese sobre los hombros de usted la carga de los diferentes ministerios de las obligaciones exteriores?»

Si con tal número de conferencias y de exhortaciones, tantos ejemplos y sollicitaciones, no logras ¡oh alma! ningún provecho, ¿qué acontecerá cuando te halles casi entregada á ti misma y cuando tropieces con dificultades y obstáculos de todas clases?

Aprovecha bien el tiempo precioso del noviciado, y piensa que no hallarás acaso ocasión más propicia para trabajar avanzando en la senda de la virtud y acumulando los tesoros del bien espiritual. ¡No pierdas un día, no pierdas una hora!

CAPÍTULO II

ESPÍRITU DEL NOVICIADO

Lo que se llama espíritu del noviciado es algo así como la atmósfera que el alma respira.

Las novicias no se dan cuenta de la existencia de esa atmósfera particular que las envuelve, nutre su alma y las transforma poco á poco; pero una persona extraña que viene á

pasar un solo día con ellas, experimenta un bienestar que le produce asombro; siéntese en un ambiente que le complace, y exclama sencillamente: *¡Qué bien se respira aquí!*

Sí; se respira muy bien en el noviciado, y la jovencita que acude á la santa casa con un corazón purificado, un alma limpia y una firme voluntad de consagrarse á Dios, siente poco á poco la transformación que se opera en todo su sér.

Es tal como si se le hubiera dado una nueva naturaleza: su porte, sus pensamientos, su lenguaje, sus maneras, sus ideas, aun su rostro mismo, tiene un algo celestial que lo ilumina.

El noviciado, en la vida religiosa, es lo que la infancia en la vida de familia. Y hay para la joven novicia como para la niña en la casa paterna:

Algo de pena y algo de alegría.

Algo de trabajos y algo de recompensas.

Algo de abnegación propia y algo de afecto ajeno.

¡Oh, si fuera posible ser largo tiempo niña y largo tiempo novicia!

El espíritu del noviciado se llama, en general, *espíritu de Dios*, porque Dios impera en absoluto, es reconocido como tal dueño, y todo cuanto se hace lleva el sello de ser aprobado querido y dispuesto por *El*.

En la *vida interior*, sobre todo, es donde se siente el influjo de ese espíritu; en nuestro *interior*, principalmente, se opera la *transformación* que la Iglesia espera de las tiernas almas sometidas á la prueba del noviciado.

«Si dedicamos todos los adelantos de nuestra vida cristiana y religiosa á observar exactamente las cosas exteriores—dice la *Imitación* (Kempis),—nuestra devoción no durará mucho..... Un verdadero religioso debe ser más santo y más puro en el fondo de su corazón de lo que aparenta serlo exteriormente, porque Dios es el espectador y el juez.»

Una buena novicia no es aquella que no falta á ninguna de las reglas del noviciado, pronta á levantarse por la mañana, primera á llegar al coro, que desempeña su cometido con puntualidad, que no es rebelde á un mandato, que es parca en su lenguaje, que se presta fácilmente á las exigencias ajenas.....

Sin duda alguna es preciso reunir *todas* esas cualidades para ser una buena novicia, pero es preciso también que esos actos se practiquen pensando en que *se agrada á Dios, se obedece á Dios y se glorifica á Dios.*

¡Ay! Si el espíritu de Dios no anima á una novicia que está casi obligada á ser metódica, silenciosa, modesta, porque está observada y porque todos cuantos la rodean son también metódicos, silenciosos y modestos..... ¡Cuán de temer es que obre por temperamento, por costumbre, y aun acaso por vanidad y por hipocresía!

Importa, pues, á la novicia, desde los primeros días, penetrarse del *espíritu* que, como hemos dicho, forma la atmósfera del noviciado y dejarse guiar por su impulso.

Por lo tanto, este espíritu es:

I

Un espíritu de fe.

El *espíritu de fe* nos muestra el noviciado como la casa de Dios, donde Dios es el dueño soberano.

La *regla* no es la expresión de la voluntad de tal ó cual persona, sino de la voluntad de Dios.

Las *criaturas* que nos rodean, cada una según su carácter, su inteligencia y aun sus mismos defectos, son los *medios materiales* por los cuales se comunica Dios con nosotros.

El *espíritu de fe* nos muestra á Dios dirigiéndonos por medio del confesor. A Dios mandándonos por medio de la *regla* y de nuestros superiores. A Dios probándonos por las condiciones de tal ó cual compañía, por la monotonía de tal ó cual ocupación, por el sufrimiento de una enfermedad, por la humillación causada por un reproche.

El *espíritu de fe* hace á la novicia siempre modesta, siempre prudente, siempre laboriosa; porque la mirada de Dios no se aparta jamás de ella, y ella no quiere desagradar á Dios.

El *espíritu de fe* la mantiene siempre contenta porque le muestra á Dios velando con amor por ella; Dios reemplazando á todos cuantos ella ha dejado por El; Dios cuidando de saber, para recompensarlos en el cielo, cuántos han sido sus esfuerzos, cuántas sus buenas acciones y cuántas sus lágrimas.

II

Espíritu de confianza.

Respecto á Dios, porque ha llamado á la novicia y la acompaña durante toda su marcha para sostenerla, animarla, fortificarla, levantarla.....

Dios, por quien ella se siente amada y á quien ama con todo su corazón, pensando en El siempre y por todo.

Dios, á quien reza con tanta alegría y á quien se dirige tan filialmente implorando perdón, á quien tan sinceramente llama ¡Padre mío!

En el mundo no puede experimentarse la providencia paternal de Dios como en el convento; porque en el convento *Dios lo es todo*. ¡Feliz la novicia que comprenda bien estas palabras: «*Dios lo es todo para mí!*» (1).

¡Cuán voluntariamente acude á la oración! ¡Cómo le complace tener la obligación de presentarse ante Dios varias veces al día; para la meditación, para el oficio, para la visita al Santísimo Sacramento!

Le fué dicho que el convento era la *casa de*

(1) «Me parece—decía una monja trapense—que no ha transcurrido un solo día desde el de mi profesión, y sólo cuento mis años á partir de esa fecha.

»Ya veis cuán joven soy: *¡no tengo más que un año!* Y este pensamiento me complace tanto más cuanto que me encamina á Dios con mayor confianza, pues un niño *de un año* sólo puede amar á su madre, y ésta todo se lo perdona. Hasta imagino que sus mismas tontunas no hacen sino estimular en la madre el cariño que siente por él.»

oración; comprende cuánto tiene de dulce, de fuerte, de consolador este nombre, y procura informarse de su maestra y de su confesor acerca de cómo puede llegarse á la oración continua de que hablan los libros santos.

«Sed hijas de oración—decía una maestra de novicias—y yo respondo de vuestra dicha en la comunidad.»

*
* *

Confianza y resignación para con su confesor, á quien la obediencia la ha confiado, y que es para ella la presencia, los consejos y la palabra de Dios. A él le manifiesta con sencillez su alma y vive sin intranquilidad, segura de que la conducirá al cielo. ¿Qué le importa no oír la voz que la dirigía en el mundo? Sin duda no olvida el interés que mostró por su alma; recuerda frecuentemente sus consejos, reza por él; pero no le echa de menos en el sentido mundano de esta expresión. Dios le había concedido la suerte de tener por depositario de su dolor espiritual un santo sacerdote; también ahora oye su confesión un sacerdote, lleno igualmente de virtud, y ante el sacramento de la Penitencia sólo debe considerar y ver á Dios.

Si algunas frases le parecen menos suaves, si la doctrina expuesta es más austera, no dejará, á buen seguro, de sentir oprimido el corazón; pero habrá de conocer que aún no siente la fortaleza necesaria y que debe esperar con

paciencia á estar más iniciada en la vida de religiosa y á comprender más la humildad.

*
* *

Confianza y obediencia para con su superiora, que es la enviada de Dios para ella, que reemplaza á su madre, á quien abre su pecho con la sencillez de un niño y con la cual entra al punto en intimidad.

Esta intimidad de dos corazones, ó de dos almas, mejor dicho, se la procura Dios para endulzar la amargura de la reciente separación de los suyos.

¡Su superiora, su maestra! La novicia no tiene necesidad de conocerlas para amarlas; por gracia especial las almas se comunican desde el primer día, se comprenden, se expansionan..... y se constituye el vínculo familiar. Y si la novicia siente siempre el santo amor á Dios, el afecto irá en aumento y constituirá una dicha durante toda su vida religiosa.

*
* *

Confianza y humildad para con sus compañeras, á quienes da con tanta alegría el nombre de hermanas y que le recuerdan las dulces horas del hogar doméstico.

Y ¿cómo no hallarse unidos los corazones que han experimentado los mismos dolores, que tienen igual propósito, que siguen idéntico camino? Se aman, se lo manifiestan, y lo prueban por mil diferentes modos.

Entre ellos no hay ceremonias, ni etiquetas sociales, sino una tolerancia amable, un respeto sin rigores, una cordial franqueza que contribuye á formar vínculos de amistad antigua.

Habrás, sin duda, una cierta reserva para con las compañeras de noviciado; pero esta circunspección, hija de la prudencia, no alterará en modo alguno los afectuosos sentimientos de cordialidad.

III

Espíritu de rectitud y de modestia.

Este espíritu hará obrar á la novicia sin segunda intención.

Por eso ejecuta lo que se la manda tan bien como le es posible; sin amor propio, sin vanidad, con el único deseo de obedecer lo que se le ha ordenado.

Se conduce de tal suerte en ese momento únicamente porque se quiere que así se conduzca.

Dice lo que sabe sin afectación y confiesa no saber lo que ignora, sin molestarle confesar su ignorancia.

Manifiesta sus alegrías, sus penas, sus inquietudes, sus repugnancias, sus faltas, tales como las ve y las conoce: se le pide que lo haga así, y eso le basta.

¿Experimenta un malestar? Lo declara al punto; se le aplica el remedio y gustosa lo practica.

¿Se siente atacada de alguna indisposición habitual? También debe decirlo al instante.

Y si pasa por su imaginación la idea de que acaso lo que confiesa será un obstáculo para su profesión, el espíritu de la fe que la dirige contestará la objeción en estos términos:

«—¿Querías ser religiosa contra la voluntad de Dios? No, ¿verdad? Pues bien; si Dios bondadoso, que ha permitido que tengas esa indisposición, opone un obstáculo á que profeses, ¿cómo te atreverías á luchar contra su voluntad? Si Dios te desea religiosa, está tranquila; sabrá proveer á tu curación ó permitir que sean aceptados tus votos.»

IV

Espíritu de orden y de regularidad.

Por él la novicia no se siente preocupada ante el número de deberes que tiene que cumplir; no hace sino una sola cosa y la termina antes de empezar otra; comienza su labor diaria poniendo cada cosa en su sitio, es puntual en cuanto al tiempo, el lugar y el modo, sin experimentar contrariedad, fatiga ni escrúpulos; abandona el trabajo empezado cuando la obediencia le exige aplicarse á otro; luego lo reanuda con calma y lo termina sin impaciencia.

A su modo de ver, toda clase de labores tienen idéntica importancia, pues los iguala la obediencia á todos: rezar, barrer, estudiar, componer.... ¿qué más da? Permanecer ante el Santísimo Sacramento, junto á una enferma, sola en la celda ó entre sus hermanas durante el recreo...., todo es agradable para ella, porque en todos lados ve la voluntad de Dios.

V

Espíritu de paz y de caridad.

Es aquel ánimo que soporta lo que no le place; olvida rápidamente la extorsión que se le causa; no toma en cuenta las contrariedades, inevitables en una reunión numerosa; estudia el modo de no ser en nada molesta; evita quejarse; no da oídos á la murmuración, y aplica todo su cuidado á unir los corazones desunidos.

Una naturaleza á la que todo estorba, que es puntillosa, enredadora, no es á propósito para la vida en comunidad.

Espíritu de caridad tiene quien no se pertenece á sí mismo, pero pertenece en cierto modo á todo el mundo.

Lo tiene quien se muestra *servicial*, no vacilando nunca que se trata de prestar un servicio; dispuesto á ayudar á todos, á reemplazar á una compañera fatigada, á llenar una obligación desatendida por otros.

Quien se manifiesta *generoso*, no vacilando en preguntar «¿Hago yo ese trabajo?» Quien obra, anda, se presta ó cede, movido por este pensamiento: «*Todo cuanto yo he hecho por los demás en nombre de Dios, lo hará el Señor por mí.*»

Este espíritu es por esencia el espíritu de la vida religiosa.

«Examinad—se ha dicho por un santo—sobre todo la dosis de caridad que puede contener un alma; y si es capaz de amar mucho

á Dios y al prójimo, haced de ella una religiosa.»

VI

Espíritu de fortaleza.

Quien sufre, calla, espera.

La novicia sabe que, aun en las casas más santas, hay *penas*, y que esas penas tienen una misión particular, la de santificar; las ve, pues, con tranquilidad. ¿No ha de sufrir expiación?

Sabe que las penas tienen la misión de disponerla para la vida religiosa; por eso las espera con valor y con una especie de impaciencia. ¿No es forzoso que desaparezca cuanto hay en ella de malo?

Son el *hacha* que separa cuanto hay de excesivo en su naturaleza.

Son el *cepillo de carpintero* que pule y suaviza lo que era áspero.

Habla de sus penas interiores á Dios, á su confesor, á su superiora..... De los demás no hay ni aun quien pueda sospechar que existan.

En cuanto á los pesares por lo exterior, penas provinientes de las personas que la rodean, sabe perfectamente que no vive entre ángeles, que ella también tiene sus defectos y que, á medida que avance en la santidad, sentirá menos las faltas ajenas; por eso se preocupa lo menos posible de ajenas culpas ó defectos, y lo que no puede menos de hacerla sufrir lo sufre con resignación.

VII

Espíritu de alegría.

Lo disfrutan:

Quien está contento con Dios y con todo lo que Dios quiere.

Quien sonríe habitualmente.

Quien contribuye á hacer más agradables los recreos.

Quien tiene actividad para el trabajo.

Quien sabe buscar el lado agradable de todas las cosas.

Quien, por fin, sin ser importuno, ni alborotador, ni ligero, lleva la dicha y la alegría en torno suyo, tomando por divisa la graciosa frase de san Francisco de Sales que, sin embargo, no erigió en doctrina para no herir la susceptibilidad de algunos caracteres: *Un santo triste es con frecuencia un triste santo.*

Y quien acepte por *regla* esta frase, que envuelve un sentido aun más práctico: *No pudiendo dar mucho á mis semejantes, busco cuantas ocasiones son posibles para ofrecerles un poco de alegría.*

Estamos en un tiempo en que las animadas reuniones de familia desaparecen y en que queda abandonado el hogar doméstico, aquel hogar tan querido donde se reunían, junto á su abuelo, los hijos y los nietos oyendo las animadas narraciones del anciano y haciendo resonar el alegre eco de sus carcajadas; porque en las casas de las personas religiosas es donde únicamente pueden hallarse las francas ale-

grías, las conversaciones amenas, los esparcimientos cultos y los coloquios sencillos que ensanchan el alma y recrean el espíritu, harto afligido á veces, como le recreaba en otro tiempo la graciosa y cantarina perdiz al apóstol San Juan.

Una comunidad sin alegría es una comunidad enferma (1).

(1) Séanos permitido insistir en que el espíritu de alegría debiera animar todos los noviciados. ¿No es acaso la alegría el sello de un alma inocente, pura, confiada y llena de paz y de caridad?

Si nos fuera permitido decir todo lo que sabemos de los recreos de algunos noviciados, ¡qué preciosísimas cosas y cuán ingeniosos detalles podríamos referir!

Nos contentaremos, por tanto, con reproducir una página de la vida de la madre *María Ephrem*, religiosa de santo Tomás de Villanueva, que fué maestra de novicias durante mucho tiempo.

Sor *María Ephrem* no vigilaba únicamente á sus novicias durante el tiempo de los ejercicios de noviciado; las observaba en las restantes horas del día y, sobre todo, en las dedicadas al recreo por la tarde; rara vez se privaba de este que llamaba su más grato placer. La excelente Madre maestra gustaba de verse rodeada de sus numerosas hijas conventuales; tenía para todas una sonrisa, una frase amable, una delicada atención; por esta causa, así que se presentaba ante ellas, todos los rostros se iluminaban, brillando en ellos la más viva alegría, y la palabra madre repetíase mil veces: ¡*Es la madre!*..... ¡*Ahí viene la madre!*..... ¡*Buenos días, madre!*

Durante el verano, la alegre comitiva de los velos blancos y las caperuzas negras (novicias y postulantes) se esforzaba por hallarse de continuo alrededor de la madre. El paseo preferido era la alameda de la Saleta, y una vez llegadas á la bella y reducida gruta en que termina pintorescamente, todas, con espontánea exclamación, saludaban, con piadosa plegaria cantada, la estatua venerada de *María*, formando grupo con los dos pastores;

VIII

Espíritu de sacrificio y de abnegación.

Este espíritu, desde los primeros días del noviciado, hace decir resueltamente á la novicia: *Ya no soy mía; pertenezco á Dios y á mis*

luego, arrodillándose, recitaban el *Ave María*, y después de numerosos besos enviados á *María*, la alegre reunión se dirigía hacia los pinos, llegando algunas veces hasta el bosquecillo; frescas y sonoras carcajadas repetidas por los ecos en el tibio aire de la tarde llevaban á lo lejos la expresión de la alegría de aquellos juveniles corazones.

La madre *María Ephrem* se sentía feliz entre sus hijas, y dulce sonrisa iluminaba su fisonomía, de ordinario seria y de pensativo aspecto. «Divertíos, hijas mías, sí, divertíos—les decía;—vuestra alegría reanima mi corazón y hace bien á mi alma. Es agradable á Jesús y á su Madre que el recreo se celebre con tal regocijo.»

Con frecuencia no podía contestar á tantas preguntas como le eran dirigidas; entonces se establecía una amena competencia: «Madre, no me ha dicho nada todavía» —decía una.—«Y yo no le he oído aún decir ni buenos días, y eso que lo he dicho muchas veces.» «¿Y mi charada?—añadía una tercera;—estoy segura, madre, de que no ha pensado todavía en adivinarla.....»

Y una risa alegre y repetida acogía de ordinario todas las reclamaciones á que *María Ephrem* se apresuraba á hacer justicia. «¡Calla!—exclamaba;—voy muy retrasada en mis respuestas. Vamos á ver, ¿cuántas debo? Una, dos, tres.....»

Y las risas aumentaban entonces.

Con frecuencia, la campana detenía en los labios muchas palabras empezadas ya, y que terminaba la sonrisa silenciosa de aprobación de la benisima Maestra.

Durante el invierno tenían también sus encantos aquellos recreos, que se celebraban en el gran salón de trabajo. Rodeaban á la madre, reían, conversaban, hablaban de la bondad de Dios; se entonaban piadosos cánticos, se

superiores, que hacen sus veces para conmigo; y con igual modestia y sencillez que entregaría á sus superiores un objeto material, del cual quisiera hacerles donación, les entrega *su voluntad, su inteligencia, sus aptitudes*, dándoles toda especie de libertad para aumentar, suprimir, modificar..... Una religiosa — más tarde te lo dirán — es un alma que se entrega totalmente al servicio divino y que se ofrece á Dios como un holocausto.

«En efecto — dice santo Tomás: — el estado religioso puede ser considerado como un holocausto por el cual se ofrece uno á Dios por entero y con todo cuanto posee. Se ofrecen á Dios los bienes exteriores por el voto de la pobreza voluntaria; se le consagra el bien del cuerpo por el voto de continencia principalmente, y, por fin, se le ofrece por entero el bien del alma por la obediencia, porque se le hace el sacrificio de la voluntad propia.»

«¿Sabéis lo que es ser religiosas? — dice san Francisco de Sales: — Es hallarse enlazadas á Dios por la continua mortificación y no vivir sino para Dios. Porque no es preciso en modo alguno decir á las que entran en religión que siendo profesas Nuestro Señor las subirá á la cumbre del Tabor para decir, como San Pedro: *¡Qué bello es esto!* Por el contrario, se les dice, bien cuando desean profesar, ó bien

refería un hecho, un rasgo ejemplar. El espíritu halla allí siempre un descanso agradable, el alma una clase de alimento.

¡Oh buena, dulce y santa alegría!

cuando entran en el noviciado: «Os será preciso llegar hasta el Calvario para crucificaros continuamente en él como Nuestro Señor; tendréis necesidad de crucificar *vuestro entendimiento* á fin de restringir vuestros pensamientos todos y no admitir voluntariamente otros que los que se os marquen según la vocación que mostráis.

«Tendréis que crucificaros *la memoria* para no aceptar nunca recuerdo alguno de lo que habéis abandonado en el mundo.»

También *crucificaréis* y clavaréis en la cruz de Nuestro Señor *vuestra voluntad*, para no serviros más de ella según vuestros deseos, sino viviendo en perfecta sumisión y obediencia por el resto de vuestra vida.

Es necesario, por tanto, á partir del noviciado:

1.º Dejarse *despojar de la voluntad*, no diciendo jamás «quiero» ó «no quiero», sino tratando de hacer cuanto quieren aquellos en quienes descansa la autoridad, y pidiendo frecuentemente á la bondad de Dios la merced de no discutir en nuestro interior acerca de la oportunidad ó de la prudencia de aquello que se nos manda.

2.º Dejarse *contrariar* en los gustos, en el modo de trabajar, de rezar, de hablar, de estar ó de moverse.

3.º Dejarse *despojar* de toda cosa superflua, como aquellos pequeños objetos que se han llevado del mundo, y á los cuales se tiene en estimación á causa del recuerdo que significan.

4.º Acostumbrarse á *no quejarse* de una re-

presión, de una humillación, de una falta de atención, de un olvido. No pediremos á la novicia que practique por sí misma esta especie de sacrificios, pero sí que consienta en ser objeto de ellos.

*
* *

Una novicia puede conocer con seguridad que se halla animada del *espíritu del noviciado*, es decir, del *espíritu de Dios*, si ejecuta sus actos diariamente:

1.º—CON EXACTITUD

No omitiendo ninguno voluntariamente, ejecutándolos todos en el momento señalado, en el lugar indicado y de la manera prescrita. La novicia que es exacta, no ve ni conoce otra cosa que la regla. Tan pronto como la regla lo exige, abandona una ocupación, da comienzo á otra, sale del lugar en que se hallare y se encamina á un sitio diferente. Para ella el sonido de la campana es como la estrella luminosa que conducía á los Magos á la cuna de Jesús; la voz de la maestra ó de la superiora son para ella la voz y la palabra de Jesucristo, diciendo á los Apóstoles: «*Venid; seguidme.*»

2.º—CON FERVOR

No precisamente con gozo y placer sensible, porque se puede ser muy ferviente y sentir natural disgusto de todo lo que se hace, expe-

rimentar repugnancia por un trabajo, y sentir repulsión á una compañía á la que nos obliga la obediencia; es fervor obrar con firmeza y resolución, no dejando que la impresión se revele, y animándose con el pensamiento á considerar que se trabaja en presencia de Dios, que es dueño de ordenar el trabajo con tal persona, de tal modo, y que, pues se le ama, es preciso complacerle.

3.º—CON PERSEVERANCIA

Este es el punto esencial, y también el más difícil. Una novicia que hace hoy lo que hizo ayer, lo que deberá hacer mañana, y que prosigue con la misma atención, con igual cuidado, con idéntica perfección, puede estar segura de que llegará á ser una santa religiosa, pues experimenta lentamente, dicen los santos, un martirio de los más dolorosos, pero también de que, al elevar los ojos al cielo, entreverá que la aguarda la corona de los mártires.

CAPÍTULO III

DEFECTOS QUE HAN DE CORREGIRSE EN EL NOVICIADO

Los defectos con que se acude al noviciado, y en cuya desaparición debe trabajarse, pueden residir en el *alma*, en el *corazón* ó en el *cuerpo*.

No queremos tratar aquí de los defectos ab-